

lágrimas de día y de noche como un torrente; levántate, grita, derrama tu corazón á la presencia del Señor..... eleva tus manos hácia él por la felicidad de tus hijuelos. ¡Ah! ruega por la paz de Jerusalem; que gocen de esa paz los que te aman, que la paz se goce dentro de tus muros y haya prosperidad en tus palacios; por el amor de nuestros hermanos y nuestros amigos, pidamos al Señor esa paz; ángeles á cuyo cargo está confiada la custodia de este templo y de Michoacan, sacerdotes del Señor, fieles que lo adorais, repetid una y muchas veces: Dios tenga piedad de nosotros y nos bendiga. *Deus misereatur nostri, etc.*

SERMON QUE EN LA SOLEMNIDAD
DE LA
CONSAGRACION DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

DEL
ARZOBISPADO DE MICHOACAN

PREDICÓ EL 20 DE OCTUBRE DE 1880

EL SR. LIC. DON AGUSTIN ABARCA

PREBENDADO DE LA MISMA SANTA IGLESIA.

Vidi civitatem sanctam, Jerusalem novam, descendentem de caelo á Deo.

Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalem, descendiendo del cielo por la mano de Dios.

Apoc., 21, 2.

ILLMO. SR.

SEÑORES:

Al celebrar la consagración de este templo, el primero de todos en nuestra Iglesia, se presenta, sin duda, una oportunidad de combatir el error tan comun en nuestros dias, de aquellos que no comprenden la grandeza é importancia de los templos cristianos, y se admiran de que la Iglesia despliegue tanta pompa y muestre tamaña alegría, en una fiesta al parecer de poca significacion; pero la mejor manera de impugnarles es dirigirse á la igno-

rancia, fuente de éste como de otros muchos errores, y hablar á la vez á las almas creyentes, para enseñarlas, fortalecerlas y conmooverlas.

Con este fin he tomado por texto las palabras del libro del Apocalipsis que acabais de escuchar, y que contienen, á mi juicio, todo el espíritu de la Iglesia en esta solemnidad, y todo cuanto pudiera decirse de la grandeza y excelencia de nuestros templos. *Ví*, dice San Juan, *la ciudad santa, la nueva Jerusalem, descendiendo del cielo por la mano de Dios. Vidi civitatem sanctam, Jerusalem novam, descendentem á Deo.*

Para su inteligencia y aplicacion, os suplico, señores, atendais al siguiente razonamiento:

Es Dios tan magnifico en dar, que cuando nos concede un don cualquiera, no nos da solamente aquel don, sino que en él y con él nos da tambien una promesa, una figura y una prenda de otro don mayor. En la naturaleza, dice Santo Tomás, nos da una imágen de la gracia, y en la gracia, una figura y una prenda de la gloria. Concedió á Adán el perdon de su culpa, y se lo concedió instituyéndole figura y profecía viva del Salvador. En la ley natural dió la figura de la escrita; en la escrita dió la figura de la ley de gracia; y en ésta, por último, dió la figura y la prenda de la gloria, que será el término y el último de los favores divinos. Así nos mantiene el Señor, perseguidos por su misericordia, así en el presente como en el porvenir, tan ligados á ella por el goce de la posesion, como por los suspiros de la esperanza.

Y en este último estado de la Iglesia, que es el de plenitud de gracia, se cumple la misma ley. Las fiestas que celebramos los cristianos son una representacion y un preludio de las fiestas del cielo; nuestro culto es figura de la adoracion estática de los escogidos, y las cosas todas que creemos son, dice el Apóstol, un velo que oculta la sustancia de las que debemos esperar: *Fides est sperandarum substantia verum* (1). Y como los israeli-

(1) A los Hebreos, II, 1.

tas llevaban en su peregrinacion por el desierto el tabernáculo, que era figura del templo que Salomon levantó despues, así nosotros, que caminamos á la verdadera tierra prometida, tenemos estos templos de Dios, que tanto como son, no son mas que figuras de los templos vivos de Dios, que son los santos, y del templo eterno de los cielos.

Por consiguiente, si Jerusalem, la ciudad de David, era figura de la habitacion de Dios: *Elegit Dominus Sion, elegit eam in habitationem sibi* (1), el templo es Jerusalem, y nosotros estamos llamados á ser Jerusalem, y el cielo es Jerusalem; porque aunque Dios se une á nosotros de mil maneras diferentes en la comunicacion de todos sus dones, su union viva y personal, su habitacion, solo se halla en tres partes: en los templos; en nosotros mismos y en el cielo. En los templos habita *corporalmente*, en el lenguaje del Apóstol, aunque no por siempre; en nosotros habitará para siempre, si nosotros lo queremos; en el cielo, habita por la suprema revelacion de toda su gloria. Y porque un don de Dios es figura de otro don mas excelente, una habitacion prepara aqui la otra, y una Jerusalem á la otra Jerusalem. El templo es consagrado para santificar al hombre; el hombre es santificado en la tierra para ser glorificado en el cielo. Lo que quiere decir, adelantando mas estas ideas, que la Jerusalem primera, la mas excelente de todas, es la Jerusalem de los cielos, que en vista de ella crió el Señor las otras dos, y que no siendo éstas mas que participaciones de aquella, la misma Jerusalem celestial se dilata y descendiende de lo alto para llegar hasta nosotros, y que las otras dos no son mas que sus atrios, sus pórticos y sus entradas. *Vidi civitatem sanctam, Jerusalem novam descendentem de celo.*

Digamos, por tanto, con la Iglesia, al penetrar los umbrales de este templo recién consagrado: "Hemos visto la ciudad santa, la nueva y eterna Jerusalem; la hemos

(1) Salmo 131, 13.

visto descender de lo alto y extender hácia nosotros sus atrios y sus puertas para convidarnos. Y como ya colocados en la entrada, nada debemos desear tanto como penetrar mas y mas en el interior de esa ciudad dichosa, criada para ser nuestro descanso; en el templo consagrado veamos la imagen del hombre hecho santo, en éste la del hombre glorificado. Es decir, que lo primero que debemos hacer en esta solemnidad, es contemplar y admirar las maravillas de esta Jerusalem visible, que está al alcance de nuestra vista; en ella veremos luego las maravillas de la Jerusalem interior de las almas, y por medio de ambas, nos formaremos por fin una idea, aunque pequeña, de la Jerusalem celestial.

Estos son los tres puntos que voy á tratar. Mas como me considero pequeño para un asunto tan grandioso, ruego á Dios, hermanos míos, que mi voz no se ofusque en medio de estas pompas sagradas, y que las palabras que voy á decir, sean dignas del lugar santo que ocupamos, de los cristianos á quienes se dirigen y de la majestad invisible del Dios que las oye.

Así te lo pedimos, oh dulcísima Madre nuestra, saludándote con el ángel.—AVE MARIA.

PARTE PRIMERA.

Tan cierto es que los templos se consagran para santificarnos, que me atrevo á compararlos, bajo este aspecto, con lo mas santo y sublime que conozco, afirmando ante vosotros que son á manera de un sacramento. No es ésta, hermanos míos, una exajeracion de la piedad, ni un juicio

ligero; vosotros convendréis en ello cuando hayais admirado conmigo, en ambos, caractéres que les son comunes. Porque para los dos son necesarias de todo punto las fuerzas sobrenaturales. En ambos, por un portento invisible, pero indudable, de una cosa antes profana, se hace una sagrada; y en ambos, por último, aunque cada cual á su manera, hay virtud y eficacia para santificarnos.

Es necesario en los sacramentos, que á la naturaleza se agregue la gracia, á lo natural lo sobrenatural. ¿Qué es el agua? pregunta san Agustin. Nada; mas agregadle la gracia y se hace sacramento: *Accedat gratia, et est sacramentum*. Lo mismo pasa en los templos. Son ellos tan excelentes, que no bastan todas las fuerzas humanas para hacer el último de todos. Acumulad en un solo lugar todas las riquezas de la tierra; los mármoles mas raros, la plata, el oro y las piedras preciosas y tendréis el santuario de la riqueza humana, pero nada mas. Reunid, si queréis, á la riqueza de la materia, la perfeccion y la sublinidad de las formas; tendréis el templo del arte y del ingenio humano; pero no el templo de Dios. Para levantar en la tierra la casa de Dios, es necesario que concurran el cielo y la tierra, Dios y los hombres. El hombre designa el lugar, pero es necesario que Dios lo elija. *Elegi locum istud* (1). El hombre construye el monumento y lo adorna con sus propias riquezas; pero el Señor es quien debe consagrarlo y santificarlo. *Sanctificavi locum istud*. El hombre busca en el templo un refugio y un asilo; pero no lo será si Dios no deposita en él toda la majestad de su nombre. *Ut sit nomen meum ibi* (2). Finalmente, el hombre orará en él, y pedirá á Dios y le adorará; pero ¿de qué servirá la oracion del hombre, si Dios no ha puesto antes sus ojos en el templo para ver las miserias del hombre, y su corazon para compadecerlas y curarlas? *Ut permaneat oculi mei et cor meum ibi cunctis diebus* (3).

(1) Paralip., esp. VII, v. 16.

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*

Mas esta operacion necesaria de Dios sobre el templo, es una accion redentora, para ser luego una accion santificadora. Digo redentora, porque al aceptar el Señor un lugar que el hombre le ofrece para su morada, es preciso que redima Dios aquel lugar de la servidumbre, ó mejor diremos, de la soledad y desamparo universales. Fijémonos, señores, en este pensamiento, que tiene un interés que á primera vista no se descubre en él.

El error de los que quisieran que se adorase á Dios indistintamente en todas partes, tal vez con el designio secreto de no verse precisados á adorarle en ninguna, procede, como casi todos los errores modernos, de la negacion ó de la ignorancia del pecado original y de sus tristísimas consecuencias. Los que condonan nuestros templos como demasiado estrechos, y quisieran que el mundo todo fuera templo del Dios vivo, olvidan ó ignoran que desde aquella caída fatal, el universo, maldito por la maldicion del hombre, que era su rey y señor, se vió privado en alguna manera de la presencia de su Criador. Dios, que crió todo y lo conserva en el orden de la naturaleza, quiso en el principio elevarlo todo por una accion mas poderosa que la creacion, al orden sobrenatural, y conservarlo todo en el mismo orden por una providencia especial. Hay dos acciones, y de consiguiente, dos presencias de Dios: la de la naturaleza y la de la gracia. Dios está, sin duda, en todas partes por la soberana necesidad de su esencia; pero en la íntima revelacion de sus secretos, en aquella comunicacion familiar que el hombre, espíritu y materia, necesita mantener con él; en aquella manera en que hablaba á Adán bajo la sombra de los árboles del paraíso, en aquella forma en que antes lo llenaba todo con su bondad especial y con su gracia; así huyó del mundo por el pecado, como huyó despues de Jerusalem la ingrata, cuando dejó desierto su templo y ofuscada por lo mismo toda su gloria: "*Ecce relinquetur vobis domus vestra deserta* (1)." Y desde ese abandono

(1) Math., cap. XXIII, v. 38.

terrible, el universo estaria solo, si en su misericordia inagotable Dios no se hubiera reservado estos lugares privilegiados, que en el lenguaje humano se llaman templos.

Pero habiendo perdido el mundo por la ingratitud, Dios no ha creído digno de su corazón reconquistarle sino por el amor. No tomará por sí estos lugares que ha de elegir, no invadirá el universo con su gloria, sino que, lleno de reverencia hácia nosotros, esperará á que se los designe la gratitud del hombre. Y á la designacion que hace el hombre, corresponde la aceptacion de Dios, que se digna elegir aquel lugar como suyo: *Elegi locum istud*. Y aquel lugar viene á ser de Dios, no ya como todas las cosas son suyas, sino por un título nuevo, el de la designacion del amor.

Así es como de una cosa ántes profana, se hace en la dedicacion de los templos una cosa sagrada; como en los sacramentos, de una materia comun, del óleo, del agua, del pan, de cosas entregadas al uso comun, y á satisfacer las necesidades ordinarias de la vida, se hacen cosas santas, consagradas á Dios y propias de él, aunque para la utilidad del hombre.

Este lugar donde estamos, pudo antes de ahora pertenecer, señores, á cualquiera de vosotros; pero desde que fué dedicado al Señor, desde que fué hecho santo, la voluntad humana y la divina le separaron para siempre de todo el resto de la tierra. Porque el dominio eminentísimo de Dios sobre todas las cosas, como Criador y Padre universal, no excluye ningun otro, puesto que de otra manera los excluiria todos. El, pues, nos dió la tierra; á la vez que se reservó el cielo de los cielos, esto es, de los escogidos: "*Caelum caeli Dominus, terram autem dedit filiis hominum* (1)."

Hizo con nosotros como un padre que, distribuyendo su casa entre sus hijos, reserva para sí un retirado y secreto aposento. Mas esto que nos dá, es nuestro, ó no hay

(1) Salmo 113, v. 16.

título alguno que asegure la propiedad; y no pudiendo el hombre hacer mas, de esto mismo que el Señor le dió, dá, devuelve al Señor algunos lugares de esa tierra que fué un regalo suyo. Y el Señor por su bondad acepta la dádiva del hombre, como al premiar los méritos de los justos, no hace otra cosa, dice San Agustín, sino coronar sus propios dones.

No fuimos nosotros, en verdad, quienes tuvimos la dicha de levantar este templo al Señor, fueron nuestros mayores; y esto aumenta el respeto y la veneracion que le debemos, porque aparte de ser un templo de Dios, es un monumento de la piedad de nuestros antepasados.

¡Ah! Esa antigüedad que el mundo moderno finge admirar tanto, es lo que mas le condena. Los sábios han removido las ruinas, buscando entre su polvo disculpas á su incredulidad, y las piedras han hablado, y han avergonzado á los sábios, porque han patentizado la fe ardiente y sincera de las generaciones pasadas. ¿Queréis saber, hermanos míos, cómo pensaban nuestros padres, cómo creían nuestros héroes, cuyos nombres repetís con respeto, cuyas acciones deseais imitar? Alzad, pues, vuestros ojos y ved: esas bóvedas, ellos las levantaron, esos altares, ellos los erigieron. Amad lo que ellos amaron, respetad los que ellos respetaron; y sobre todo, convertíos al Señor á la sombra de estos muros sagrados que les vieron á ellos convertirse!

Así es sagrado para nosotros el templo. Pero léjos de nosotros el pensamiento de que solo por estos sentimientos tan naturales hablamos de respetar y venerar como sagrada la casa de Dios. La religion puso en ella su mano, y la Iglesia entera nos obliga á considerar este lugar como el asiento de la majestad del Señor, mas particularmente desde que hemos tenido la dicha de consagrarle con toda solemnidad.

Es la ereccion de un templo un voto que, no un individuo, sino un pueblo, hace al Señor. ¿Qué viene á ser el voto sino un sacrificio absolutamente voluntario hecho

por amor en las aras de la Divinidad, por el que nos desprendemos de algun bien que legítimamente poseíamos? Así se desprende un pueblo de un lugar que era suyo; acumula en él todas las riquezas que puede, y de allí en adelante no le tiene por suyo, con tal que Dios le acepte y se digne en su misericordia elegirle para su habitación. Hay aquí, como veis, dos voluntades: la humana y la divina. Una de ellas, la divina, es invisible; la humana, es tan flaca y tan inconstante, que es indigna de contratar por sí misma con el que es eterno é inmutable. ¿Quién asegurará al hombre la aceptación de Dios, inaccesible á nuestros sentidos? ¿Y quién dará testimonio ante Dios, ó mejor dicho, quién nos asegurará á nosotros mismos contra nuestra inconstancia? ¿Quién será aquí el mediador, si no es Jesucristo, mediador universal y único entre Dios y los hombres? Jesucristo es invisible á nuestros ojos, colocado como se halla en lo alto de los cielos; pero aquí en la tierra, al alcance de nuestros sentidos, visible para todos los hombres de buena voluntad, derramado por todos los ángulos de la tierra, esta su cuerpo místico, su esposa santa á quien ama como á su propia carne, por cuyo medio obra en la tierra los mayores prodigios; su Iglesia, en una palabra, que es por esta causa la medianera eficaz, poderosa entre el cielo y la tierra, y que en este caso es quien da testimonio, ante Dios, de nuestra voluntad, y á nosotros nos asegura de que Dios acepta nuestro pobre don, y de que habitará efectivamente el Señor en la casa que nuestras manos le levantaron, que nuestro corazón le ofreció, y que si es rica, espléndida para nuestra impotencia, es muy pobre, muy mezquina para los deseos ardorosos de nuestra fe.

Esta doctrina verdaderamente profunda, sirve para explicar la diferencia que va entre la solemne consagracion de un templo y su simple dedicacion. Es ésta el voto que los teólogos llaman simple, y que pasa en el interior de la conciencia; aquella es como el voto solemne que la Iglesia recibe en representacion de Dios, y la misma Igle-

sia acepta tambien en nombre del Señor. La Iglesia le recibe del hombre, la Iglesia recibe de Dios su soberana y bondadosa aceptación; siendo ella la medianera, el testigo, y casi diré el fiador que asegure al hombre que Dios habitará su casa, y á Dios asegura que será constante nuestra voluntad, por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo.

¡Con cuánto amor, con qué empeño maternal echa la Iglesia sobre sus hombros el trabajo verdaderamente pesado de la consagración del templo! ¡Oh! Si tuviéramos fe, veríamos de qué manera se va levantando poco á poco el edificio espiritual, mas hermoso que cualquiera milagro del arte, embelleciendo y completando el monumento material, hasta hacerle digno de ser habitado por Dios, espíritu y Padre de los espíritus! Nosotros le rodeamos de un atrio para que fuese conocida así la voluntad nuestra de que permanezca separado de cualquiera otro lugar; pero si Dios no guarda la ciudad, ¿qué importa que vigile el que la custodia (1)? El Señor pondrá por amor á su Iglesia, á sus ángeles, poderosos é incontrastables como montañas, á que la cerquen en rededor; y el mismo la rodeará, sin cesar, como una madre solícita rodea inquieta la cuna de su hijo: *Montes in circuitu ejus, et Dominus in circuitu populi sui* (2). Esta casa es solo para el bien, pero ¿quién puede hacer cosa alguna limpia, concebida en la impureza y en el pecado? (3) La Iglesia representada por uno de sus pontífices, la rodeará muchas veces, y caerá dentro de ella la ciudad del mal, para que se alee la ciudad del bien de entre las ruinas de aquella. Así cayó Jericó á quien rodearon los levitas y los sacerdotes, y fué reedificada luego por las manos y para habitación pacífica del pueblo escogido. Los que la construyeron pusieron su base y cimiento tan profundo y seguro como pudieron; pero la base única no mudable es

- (1) Salm. 126, v. 2.
 (2) Salm. 124, v. 2.
 (3) Job, cap. XIV, v. 4.

la enseña del Crucificado, y la Iglesia, representada por uno de sus pontífices, santificó su pavimento con la cruz salvadora; cruz de escoria y ceniza, cruz que lleva en sí los elementos de las principales lenguas de los pueblos que la habian de adorar; cruz que no tiene, por último, valor alguno sino por su forma, porque eso le basta, y porque en comparación suya el cristianismo juzga todas las riquezas del mundo como ceniza y basura: *Omnia existimavi sicut stercorea* (1). Los que la edificaron unieron entre sí las piedras para que resistieran á la acción de los siglos; pero solo hay un pegamento que resiste á todas las fuerzas de la tierra y de los abismos, y la Iglesia unge estas piedras con el óleo que tiende á difundirse y á penetrar en el interior de los cuerpos como la caridad, y con el bálsamo que es como ella incorruptible. Y mientras se practican ceremonias tan prolijas y laboriosas, no cesa la oración, ni la plegaria se interrumpe; y cuando parece decaer, cuando casi se extingue, el Pontífice excita á todos á proseguir los himnos y los cánticos, para que no se rindan al cansancio los obreros espirituales de la casa de Dios.

Pero ni todas esas ceremonias, ni todas estas oraciones divinas, ni el haber el Pontífice, con el poder terrible que la Iglesia le confiere, extirpado de aquel lugar á los espíritus de tinieblas: *Fugiant phantasmata cuncta*, son bastantes á dar á aquel luzar de la tierra, á aquella habitación del hombre, el brillo y la gloria que requiere la casa de Dios: *Domum tuam, Domine, decet sanctitudo* (2); sí, hermanos míos, la casa del Señor necesita, como del solo adorno digno de ella, de la santidad. Es preciso que antes de que Dios baje al fin, é inunde su recinto con el resplandor purísimo de su gloria, algo no terreno, algo celestial la ocupe, haciéndole digno del Señor de la gloria. La Iglesia lo sabe así, y antes de decir por la boca de los sacerdotes la palabra omnipotente que nos en-

- (1) A. Filip., c. III, v. 8.
 (2) Salm. XXII, v. 4.

trega á Dios para que le coloquemos donde sea nuestra voluntad, ya sea para traer á Dios una compañía digna, ó ya como para probar si su templo puede ya resistir el peso de la gloria de la santidad, trae aquí en triunfo las reliquias de sus mártires, huesos calcinados por el amor, trono único digno del Dios del Sacrificio y de la Cruz.

¿Y á qué viene, señores, ese Dios terrible á la morada de los pecadores? Cuando entró á la casa de Zaqueo, le decia: "Hoy ha venido la salud á esta casa, porque el Hijo del hombre ha venido á recoger y á salvar lo que habia perecido (1)." De tal suerte que podemos asegurar que solamente ha venido á su templo, solamente le ha santificado con su presencia, para santificarnos á nosotros. Porque ¿qué importa por sí mismo este edificio material, ni cómo ha de satisfacer él solo los deseos del corazón del Señor de comunicar su amor? Aquí está, sin duda alguna, pero estas piedras no comprenden su felicidad, y Jesucristo quiere piedras vivas que sean capaces de conocer su dicha y de agradecerla á quien se la da.

Es decir, que la consideracion de esta Jerusalem visible del templo, nos conduce naturalmente á la contemplacion de otras maravillas mas altas en los templos vivos de Dios, que son las almas.

Este es el asunto de mi segunda parte.

PARTE SEGUNDA.

El templo es, ante todo, el lugar de la santidad. Fuera de aquí, señores, encontraréis el lugar de la riqueza, el lugar de los placeres, el lugar de la fuerza, el lugar

(1) Luc. cap. XIX, v. 9.

del talento y de la gloria, y sobre todo, en el mundo y por todas partes el lugar de la vanidad. Pero en el templo no hay riqueza, ni fuerza, ni gloria; nada aquí puede darnos un valor real, mas que la gracia, la justicia, la santidad. Todo aquí es santo; santo el pavimento, santos los muros, santas las bóvedas, santos los altares y los adornos que les decoran, santísimo el tabernáculo, y todo, en fin, es santo, como que es el templo, la morada entre los hombres del Dios de la santidad. Ni me cansaré de repetirlo, como Criador y conservador de sus obras, Dios está en todas partes; pero como santificador de las almas, se halla particularmente en el templo.

¿Cómo, si no ha penetrado á este lugar? El ha llegado como un conquistador que dilata sus dominios, y con ellos su gloria; como un experto capitán que tiene fortalezas, puntos avanzados en el mismo territorio enemigo que se ha propuesto ganar. ¿Y cuál es el intento de este glorioso Conquistador, sino ganar las almas santificándolas, y dilatar de esta suerte el imperio, no de su poder, sino de su amor?

En las augustas ceremonias que hace poco habeis visto, el enviado de Dios, como lo fueron en otro tiempo Moysés y Josué para descubrir y conquistar la tierra prometida, toca por tres veces con su báculo las puertas del templo para que se abran ante el Señor. "Abrid, príncipes, vuestras puertas. Abrios, puertas eternas, para que entre por vosotras el soberano de la gloria." *Atolite portas, principes, vestras, et elevamini porte aeternales: et introibit Rex gloriae* (1). Y el pueblo que resiste la dominación, el pueblo que ha de ser conquistado, responde lleno de recelo ¿y quién es, decidme, este rey de la gloria y con qué carácter viene á apoderarse de nuestra casa? *Quis est iste Rex gloriae!* Ese Rey que viene á vosotros, exclama el pontífice, es el Señor, el Dios fuerte y poderoso á quien nadie puede resistir: *Domínus fortis et potens: Domínus potens in*

(1) Salm. 23, 7.

prolio. Admirad aquí, hermanos míos, el orgullo y la insolencia del hombre. Dos veces se le contesta así, dos veces el pueblo resiste, y las puertas por donde Dios desea entrar permanecen cerradas. ¿No pasa así en el corazón? Mas ese corazón invencible por la fuerza suele ser vencido por la caridad. Dios es quien lo ha dicho. *A finiculus Adam traham eos in vinculis charitatis* (1). Y declarando el pontífice al fin todo su pensamiento, responde: "El Dios de las virtudes, ese es el Rey de la gloria." *Dominus virtutum ipse est Rex gloriæ*, que equivale á decir: "Es Señor fuerte y poderoso, es el Dominador; pero no viene á sujetarnos á su imperio por la fuerza, sino por la caridad; no viene á dominarnos, sino á perfeccionarnos; no será vuestro Rey, sino que será vuestro amigo, porque pondrá en vosotros su amor y seréis con el santos, y vuestra gloria en adelante será cumplir su voluntad." *Quis est iste Rex gloriæ? Dominus virtutum, ipse est Rex gloriæ*. Luego no viene á su templo, luego no quiere ocuparlo sino como santificador.

En todas partes nos bendice el Señor, y estas bendiciones nos dan la vida y todos los bienes que en ella gozamos. Pero esta es la bendición del Criador, es aquella bendición que se dió en el principio á nuestros padres, y en virtud de la cual crecieron ellos, y se multiplicaron hasta llenar la tierra y sujetarla á su dominio. Mas no cabe duda que nosotros necesitamos otra bendición que en esta tierra estéril de nuestra alma haga florecer y fructificar las virtudes hasta que seamos, no solamente reyes de la tierra, sino reyes del cielo, semejantes en todo al Soberano de la gloria. ¿Y cuándo se verificará esto y recibiremos nosotros esa bendición seguida? Cuando se abra, dice David (2), el tabernáculo del Señor, y en él tengan su morada los justos, como el ave tiene su albergue, como la tórtola su casa donde alimenta sus hijos. En ella dará el Señor su bendición, pero no como Cria-

(1) Oseas, 11, 4.

(2) Salm. 83. Passim.

dor, sino como Legislador. Aquella bendición primera puso en las cosas criadas el ser y la vida del Hacedor; mas esta segunda, mas excelente que aquella, pondrá en los corazones su ley, por la participación de la justicia y de la rectitud de Dios. Y la primera consecuencia de esta gracia será que caminarán los justos acelerados y sin detenerse, de virtud en virtud. ¿Hasta dónde? Hasta que sean perfectos como el PADRE CELESTIAL, y semejantes á Dios. Dios estará entre ellos como el Santo entre los santos, como Dios entre los dioses. *Benedictionem dabit Legislator, ibunt de virtute in virtutem; videbitur Deus deorum in Sion*.

Todo lo cual nos dice, señores, con toda claridad, que el Señor ha venido aquí para santificarnos, santificando su templo. Porque el conducto de una gracia, no puede menos que participar de ella; y así como se humedee el conducto del agua y se ilumina el cristal, porque el sol pasa, así el templo se santifica y se hace semejante á los santos.

Si por las cosas visibles ha ordenado Dios que conozcamos las invisibles, volved vuestros ojos hácia todas partes y confesareis, hermanos míos, que en este sagrado recinto todo nos habla de la santidad. La santidad necesita una fuente de que nazca, y por cuyo cauce, digámoslo así, pueda correr con seguridad; la santidad necesita motivos; necesita ejemplos, necesita estímulos, y todo esto se encuentra en el templo. Allí, á corta distancia está el lugar en que el cristiano es regenerado con el agua santa, de donde sale nuevo y radiante, como en otro tiempo salió de las aguas primeras. ¿Calsteis alguna vez, señores, de aquella gracia inmaculada? En rededor nuestro están colocados los tribunales de la misericordia; en que la santidad se recobra. ¿Vuestra vida divina desfalleció y casi se extinguió? Aquí está la mesa en que se sirve el pan que con toda verdad confirma el corazón y le sostiene; de suerte que aquí nace, aquí se renueva y aquí se alimenta la santidad.